

**Si te vieras con mis ojos**

ALFAGUARA



Carlos Franz

Si te vieras con mis ojos

# ALFAGUARA



Primera edición: octubre de 2015

© 2015, Carlos Franz

Casanovas & Lynch Agencia Literaria, S.L.

Muntaner 340, 2º 1ª, 08021 Barcelona

Teléfono +34 93 21247 91, info@casanovaslynch.com

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, of. 61, Santiago Centro, Chile

Tel. (56 2) 22782-82 00

www.megustaleer.cl

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Printed in Chile – Impreso en Chile

ISBN: 978-956-9583-36-0

Inscripción N° 253.837

Diseño: Proyecto de Enric Satué

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

Imagen de cubierta: *La dama del lago* de Antonio Mora

Impreso en los talleres de CyC Impresores



Proyecto financiado —en parte— por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, convocatoria 2013.

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para Jeanette*

*Si yo pudiera darte una cosa en la vida, me gustaría darte  
la capacidad de verte a ti mismo a través de mis ojos.*

FRIDA KAHLO

---

**Primera parte**  
**Perspectiva**

*¿Se da cuenta de que se acabó el là-bas?  
Ya no hay un «allá lejos».*

ANDRÉ BRETON, moribundo, a Luis Buñuel

## I. 1834

La radiante mañana de junio en que conociste a Carmen brilló tras una semana de tormentas sobre el Pacífico. Tu barco había estado a punto de hundirse frente a las costas de Chile. Varias veces te preparaste para morir. Pero ahora, por fin, con las velas desgarradas, andrajoso, el velero entraba lentamente en la bahía luminosa de Valparaíso. Lo hacía con el ansia y la suavidad de un hombre enamorado entrando en la mujer amada.

Cada vez que llegabas a un puerto volvías a sentir eso, Moro. ¡Aun habiendo conocido tantos! Al penetrar en la nueva tierra que te acogía, te enamorabas de ella. Pero algo en ese amanecer despejado, luego de tantos temporales, te decía que, quizás, este amor no iba a ser como los anteriores.

La bóveda del invierno austral relucía azul, límpida y fría como una ventana recién lavada. El aire estaba tan cargado de éter que dolía respirarlo. La dura belleza del país era sobrecogedora. Tú lo dibujabas afanosamente desde la cubierta del velero. Te bebías el paisaje con los ojos.

Unas horas antes, aún lejos de la costa y tras abrirse las nubes de la tormenta, habías avistado la distante muralla de los Andes, totalmente nevada. El sol naciente subrayaba con un hilo de cobre la sierra de sus cumbres. Sobre todas ellas descollaba la ancha espalda del Aconcagua. Su cabeza piramidal, torcida sobre un hombro, parecía mirarte y retarte desde su inconcebible altura. Como si te preguntara: ¿qué se te ha perdido acá, en este fin del mundo, pintor viajero?

Pintor viajero. Pintor navegante. Pintor jinete. Hijo de Lorenz, el pintor de caballos, biznieta de Georg Philipp, el gran pintor de batallas que anduvo por media Europa siguiendo ejércitos. Tus antepasados eran cátaros ocultos —contabas, alardeabas— que en el siglo XVII emigraron desde Cataluña



---

para establecerse en Augsburgo, al servicio de los Fugger. Pero ahora tú, Johann Moritz Rugendas, eras el último pintor viajero de tu estirpe. Y, sí, llegabas hasta el fin del mundo buscando algo que habías perdido antes de tenerlo.

Mírate, a ver si te reconoces (*si te ves en esta memoria mía*). Eras alto. Llevabas el pelo rubio, largo y ensortijado, recogido en una coleta mediante una cinta negra. Tenías treinta y tres años, las facciones rectas y largas, la piel mate de tus antepasados catalanes y los ojos de un azul profundo, ultramarino. Como si se te hubiera pegado en ellos el mar de tanto viajar por él, o de tanto pintarlo. Llevabas botas de media caña, muy gastadas; un capote gris con esclavina, abierto; y el sombrero colgando a la espalda, a la mexicana. Venías de pie, mirando a babor, en el castillo de popa del barco que te traía desde el puerto de El Callao, en el Perú, hasta Valparaíso. Y tan pintor eras, en cada minuto de tu vida, que ya estabas bosquejando en tu gran cuaderno, apoyado sobre el antebrazo izquierdo, el animado espectáculo de la bahía.

Habías dibujado de esa forma, para pintarlos después, todos los puertos principales del Pacífico hispanoamericano. Desde Acapulco —cuando tuviste que huir precipitadamente de México— a Panamá, Buenaventura, Guayaquil... Desembarcabas y te internabas en esas regiones, por semanas o meses, para pintar sus paisajes y su gente. Luego esperabas otro barco y seguías viaje. El que abordaste en El Callao había surcado el océano trazando un largo rodeo, apartándose de la costa sudamericana, internándose cien leguas en el Pacífico. Después el buque enfiló al sur hasta avistar las islas Desventuradas y enseguida el archipiélago de Juan Fernández, en cuya isla de Más a Tierra —la de Robinson Crusoe— recalaron para aprovisionarse de agua. Seguían la vieja ruta de los pilotos coloniales para evitar la poderosa corriente de Humboldt que fluía en contra, hacia el norte. Pero tú pensaste que el Barón —cuyo nombre llevaba esa corriente— reclusaba incluso a aquella fuerza de la naturaleza para alejarte de las tierras que él, intransigente, te había prohibido: «Apártese de las regiones templadas de Chile y de Argentina. ¡Allí no hay nada que ver!».

---

Por fin, desde el archipiélago de Juan Fernández cruzaron a lo ancho ese río marino, cabeceando sobre sus ondas, en una travesía tan mala que hasta tú, que jamás te mareabas, casi echaste el hígado por la borda. Encima, una larga tormenta los sorprendió ya cerca de la costa. Durante una semana el temporal arrastró a la nave hacia el norte, intentando devolvarte, impedirte conocer esas tierras y lo que te esperaba en ellas...

La corriente de Humboldt —y el sabio mismo— oponiéndose a tu venida; la tormenta de una semana que los había alejado de esa costa; y luego la silueta torva de esa montaña, la más alta conocida, parecían ser todos signos ominosos. No vengas a esta tierra, te decían...

Eras tan supersticioso, Moro. Nunca lograbas evitarlo. Y en los últimos años te habías agravado: comenzabas a creer que eras la encarnación de aquel personaje de Durero, en el grabado que tanto estudiaste y copiaste en el taller de tu padre: *El caballero, el diablo y la muerte*.

Un jinete con armadura que cabalga lentamente, lanza al hombro. Quizás viene de regreso de la guerra o de las guerras de la vida. No se sabe. Lo probable es que ahora vaya en pos del castillo que se divisa en lo alto de una montaña, a lo lejos. Atrás del caballero, un diablo deforme y burlón lo sigue a pie. Mientras la muerte viene montada al lado del jinete, mostrándole un reloj de arena: el tiempo que le queda.

Fantaseabas con que ese caballero errante eras tú: pintor viajero en territorios remotos. El diablo, confiésalo, era el diablo de tus deberes y ambiciones, contrariando siempre tus inclinaciones y placeres. Habías llegado al extremo de identificar a ese demonio tiránico con el Barón von Humboldt, que desde Europa te enviaba cartas con órdenes e instrucciones de que pintaras sólo lo que a él le interesaba. El Barón que había querido —aparte de otras cosas peores— convertirte en un pintor naturalista, un artista científico. Un pintor de la realidad, ¡cuando tú habías nacido para ser un pintor de la sensibilidad!

¿Y esa muerte coronada que en el grabado acompaña al caballero? Ah, eso era más complicado de explicar. No le temías demasiado a la muerte. Como tantos jóvenes, te creías

---

punto menos que inmortal. Excepto por un detalle: todos tus amores, mucho más temprano que tarde, se morían. Sí, morían en tu corazón. Dejabas de sentirlos. Apenas empezabas a enamorarte de una mujer, cuando ya tu implacable ojo de retratista descubría unos tobillos gruesos que la falda había tapado, unos dientes menos blancos de lo que deberían ser, una mirada un poco boba acompañando unas palabras huecas. Las manchas de la piel y del alma, las irregularidades del cuerpo y del espíritu que te mataban la ilusión y te desengañaban.

Primero tu cuerpo se apartaba de la mujer, y enseguida lo hacía tu corazón. Y, por último, tú entero tenías que fugarte de su lado. ¿Era un acto reflejo y defensivo? ¿Sospechabas que apenas alguien ama, le concede al otro el poder de dañarlo?

Desdeñabas esas hipótesis razonables. Según tú, Moro supersticioso, era la muerte quien se había enamorado de tus amores. Y los asesinaba en la cuna. Tanto le temías que ni siquiera la llamabas «la muerte»: no te atrevías. La denominabas «la otra» o «la desengañadora».

Te enamorabas mucho, Moro. Pero «la otra» te desengañaba sin piedad. Apenas un romance empezaba a gestarse, ya comenzabas a perderlo. Primero veías los defectos, luego desaparecía hasta el deseo. Poco tiempo te bastaba para que el amor se te escurriera entre los dedos. Como quien se sueña rico una noche y amanece pobre.

Lo intentaste varias veces. En México incluso te comprometiste con Octavia, esa jalisciense jovencita y desprejuiciada de la que te creíste más enamorado que de ninguna mujer anterior. Fijaron fecha para el matrimonio y hasta se pegaron los carteles en las esquinas de Tlaquepaque. Todo por ver si le doblabas la mano a tu «otra». Fue inútil. Tuviste que escapar de noche, acarreando tus pinturas y poco más. Te atacó un ahogo que no te dejaba respirar, una inminencia de aplastamiento, como si fuera a caerte encima una avalancha que te sepultaría.

En esa fuga del amor —o de la muerte enamorada de tus amores, que era lo mismo—, planeaste ir lo más lejos posible. Desoír las instrucciones del Barón y abandonar las re-

giones tropicales de América, para bajar mucho más al sur del ecuador. Venir hasta el remoto Chile. Incapaz de admitir tus terrores —porque también eras orgulloso, Moro—, te dijiste que lo hacías para desafiar los autoritarios consejos de Humboldt. Así romperías con él de una vez y podrías convertirte en un pintor de la sensibilidad (y no de la realidad). Aunque sabías bien que a ese diablo le temías mucho menos que a «la otra». Del diablo de tus deberes podrías huir, acaso. Pero de esa «desengañadora», ¿quién podría salvarte?

*(¿Conseguiste salvarte de aquella «otra», Moro? Te lo pregunto porque en esta última y larga carta tuya que acabo de recibir —o que recibí hace unos cincuenta años, ahora me confundo—, me cuentas que estás mal del corazón; desahuciado, me das a entender. Y enseguida bromeas con eso de que te vas a casar. A punto de morir y piensas casarte. ¿Quién te entiende? Y encima con una muchacha de veinte: más de treinta años menor que tú. ¡Ay, Moritz, mi Moro! ¿Vuelves a las andadas, pintor viajero? ¿Vuelves a pintar mujeres típicas? ¿Y a coleccionarlas? Pero, si yo estoy vieja, tú debes ser un matusalén... A menos que te hayas muerto hace medio siglo, después de escribirme esa última carta.)*

Moro supersticioso, lo único que calmaba la angustia de tus fugas era pintar. Por eso, al llegar a Chile, para no pensar en los signos ominosos de la corriente adversa, la tormenta atroz y la montaña monstruosa, entrabas dibujando al puerto de Valparaíso.

La dentadura blanca de los Andes, el anfiteatro de cerros que rodeaba la bahía, las casas de colores trepadas por las laderas peladas o verdes, las fortalezas ruinosas en ambas puntas de la rada, el muelle de troncos renegridos. Avanzabas dentro de ese paisaje al tiempo que lo bosquejabas. Siempre te gustó viajar por el interior de una perspectiva, sentir en carne propia cómo las cosas pequeñas del fondo, al acercarse, aumentan su tamaño. Tan similares a la muerte que se agranda cuando la tenemos próxima. Tan idénticas al amor que desde la nada puede crecer hasta convertirse en pasión, hasta bloquearnos la vista de todo lo demás (antes de desvanecerse en

un punto de fuga). Aquí ésas y otras perspectivas tuyas iban a cambiar y trastocarse, como lo hacía ahora el paisaje; pero esto aún no lo sabías.

El barco medio desarbolado echó sus anclas en el centro de la bahía. Se descolgaron coderas de cuero y una barcaza de transbordo, impulsada por dos remeros, se apoyó contra ellas. La tripulación empezó a bajar con sogas las encomiendas delicadas, el correo y el equipaje de los pasajeros. La marejadilla, residuo del temporal, dificultaba la maniobra. Tú no quisiste esperar a que desenrollaran las escalas de gato y te descolgaste también por una cuerda. Ansiabas dejar pronto ese barco andrajoso, astillado por el temporal. Pero también querías asegurarte de ser tú mismo quien recibiera tus cosas en la proa de la barcaza. El baúl y los atriles; las cajas conteniendo pinceles, óleos y pigmentos para prepararlos; las carpetas de papeles finos; los numerosos y largos tubos de cuero donde traías enrolladas aquellas pinturas de las que no te separabas jamás.

Por fin el transbordador, bamboleándose, sobrecargado de gente y equipajes, se apartó del barco. Los remeros, un par de chilotes de piernas cortas y torsos enormes, del color oxidado de los leones marinos, hicieron un esfuerzo titánico para enfilear la barcaza hacia el muelle. Éste era una larga estructura de palos festoneados de algas negruzcas y marrones, que se internaba en la bahía desde la playa. Un único espigón con forma de brazo flectado, desbordante de la febril actividad típica de esos puertos sudamericanos, recién abiertos al comercio mundial.

Tu barcaza se vio obligada a detenerse a unos veinte metros del malecón. No había lugar. El muelle estaba atiborrado de cajas y sacos. Todos los sitios de atraque se veían ocupados por botes que descargaban lentamente, usando las pocas grúas pluma disponibles. La tormenta había demorado también a muchos otros barcos y ahora el muelle no daba abasto para atenderlos a todos.

Te pusiste de pie en la proa de la barcaza, Moro. No querías perderte nada de ese espectáculo. Estibadores indígenas y chinos, comerciantes navales peleándose por aprovisionar los barcos, gritos proferidos en veinte lenguas. Marineros enflaquecidos

---

trepaban al muelle con sus bolsos al hombro, dirigiéndose hacia el tumulto de prostitutas chillonas que ondeaban sus pañuelos desde la orilla para atraerlos a sus posadas. El olor a mariscos, a guano, a tierra húmeda, te embriagaba.

Y entre todos esos colores y olores, en medio de ese tumulto y griterío, la viste por primera vez.

Una mujer joven, alta, pálida, con el pelo negro y liso suelto sobre los hombros, menos una parte sujeta tras la cabeza con un peinetón. Vestía un traje de seda verde que relumbraba bajo el sol aumentando el brillo de sus ojos, del mismo color. Ojos atentos, curiosos, impacientes. La acompañaba un cochero negro, enorme y canoso, con un látigo de vara en la mano. Su coche debía ser ese pequeño cabriolé tirado por un solo caballo que esperaba al comienzo del muelle. Todo eso lo registraste con una sola mirada, Moro. Tenías una vista de halcón peregrino —o de pintor peregrino—, agudísima. Especialmente para las mujeres, ¿verdad?

¿Pero qué diablos hacía allí esa joven hermosa y altiva, mezclada con el maremágnun masculino de este espigón que ni siquiera las putas del puerto se atrevían a pisar?

Los gritos del capitán de puerto, amplificadas por una gran bocina de latón, te distrajeron. Que se apartaran, les gritaba. Les ordenaba alejarse y fondear cerca de la playa. Allí los alcanzarían hombres y mulas, con el agua hasta el pecho, para descargarlos. Era, obviamente, la forma más peligrosa de desembarcar. Con ese mar picado los remeros tendrían que acercarse a la rompiente, con riesgo de que ésta arrastrara la barcaza y la encallara en la arena, volcándola luego. O bien, un mal movimiento sobre ese oleaje, al desestibar, y tanto carga como pasajeros caerían al agua.

De pie en la proa de la barcaza, viste reaccionar a la joven de verde antes de que ninguno de ustedes protestara. Desde unos diez pasos, extendiendo hacia el capitán de puerto su brazo enguantado hasta el codo, le exigió:

—¡Hágale sitio a ese bote!

Fue una orden contundente. Impartida en el tono inapelable de quien está acostumbrado a mandar y ser obedecido. La actividad en ese sector del muelle se detuvo: todos aquellos

hombretones pendientes de esta hembra. ¿Adónde habías llegado, Moro? ¿Al país de las Amazonas, donde mandaban y peleaban las mujeres?

La joven volvió a gritarle su orden al capitán, esta vez casi colérica. Éste, barbudo y fornido, se sacó la gorra mugrienta por respeto o perplejidad ante semejante furia. Meneaba la cabeza al tiempo que abría los brazos, con la bocina en una mano y la gorra en la otra.

En cualquier lado del tiempo que estés, Moro, nunca olvidarás lo que viste enseguida. La joven arrancó el látigo de manos de su cochero y, abriéndose paso a codazos entre los estibadores chinos e indígenas, se asomó sobre el bote que le quedaba más a mano. Le ordenó al marinero que dirigía la descarga de unos fardos de lana que soltara amarras y se apartara. El hombre protestó en francés con acento italiano, decidido a no moverse. Parecía ser un corso, con la cara dura y bulbosa como un puño cerrado.

Sin titubear, ella descargó desde arriba dos latigazos que restallaron en el aire cristalino. El marinero esquivó los azotes, agachándose aparatosamente. Aunque era obvio que el látigo no pretendía tocarlo; esta mujer lo sabía manejar.

—¿Se va a mover o no? —insistió la joven.

Y levantó otra vez el látigo, que ondulaba como una serpiente.

El tiempo pareció suspenderse. Sólo los graznidos de las gaviotas rompían el silencio. Hasta esa marejadilla que dejó el temporal parecía haberse calmado un tanto, esperando...

—Femme de merde! Chilienne folle! —exclamó por fin el corso, furioso.

Volviéndose hacia sus marineros, les ordenó desamarrar el bote y ponerse a los remos. En un par de minutos habían retrocedido lo suficiente para que los remeros de tu barcaza pudieran atracar.

La maniobra había sido digna de un contramaestre o de un cómitre de galeras. Si este muelle se manejara así, pensaste, y no al cansino ritmo del capitán de puerto, la naciente república chilena multiplicaría su comercio en corto tiempo. Hasta te dieron ganas de aplaudirla, Moro.

En lugar de eso, mientras la barcaza se acoderaba y amarraba, te sentaste y abriendo tu cuaderno de croquis dibujaste con un carboncillo la escena que acababas de ver. A pesar de la marejadilla, ayudado incluso por ese vaivén, diste forma con tres o cuatro líneas a esa mujer enarbolando el látigo. Su silueta espigándose al levantar el azote, el pelo alborotado, los ojos fulgurantes, el rostro afilado y decidido. Tenías un talento natural para esas instantáneas, Moro. Cuanto más inmediatas y veloces, más vivas te resultaban. Sabías arrancarle pedazos al tiempo, aliviándolo de lo superfluo, deteniendo sus líneas de fuga.

Cuando subiste al muelle la viste de espaldas, alejándose. Tuviste que correr un poco, esquivando a los estibadores, para poder alcanzarla. En ese ímpetu, estorbado por los arreos de pintor que llevabas, no hallaste mejor forma de detenerla que tomarla por uno de sus hombros.

La mujer se encogió como si la hubieras marcado con un hierro candente. Y se volvió. Sus ojos —de un verde esmeralda acentuado por el brillo del vestido— te recorrieron de alto a bajo, con impertinencia. Se veía tan sorprendida que no atinaba a decir palabra. Sospechaste que si aún hubiera llevado el látigo, que ahora portaba su cochero, te habría azotado con él.

Te echaste hacia atrás, divertido por tanta altivez. Le dijiste, jadeando pero con la máxima urbanidad posible:

—Señora, le quedo eternamente agradecido.

Pestañeó sin entender, frunciendo el ceño:

—¿Agradecido? ¿Por qué, caballero?

—Por hacernos un espacio en el muelle. Podría haber caído al agua con todas mis pinturas. Acepte este dibujo, por favor, como reconocimiento.

Ella recibió el boceto maquinalmente. Mientras lo examinaba, se ruborizó desde el largo cuello hasta la frente. Una ola de sangre volvía a encenderla. Habías captado la rabiosa belleza de la que era capaz, esa mujer del látigo enarbolado. Y verse retratada así la turbaba. Te sentiste orgulloso. Llevabas en este país sólo unos minutos y ya estabas causando impresión. Pero ella te desalentó:



---

—Ésta no soy yo —dijo con frialdad, rasgando la hoja en cuatro pedazos y tirándola al agua.

*(¡Por supuesto que ésa no era yo, Moro! No era ni tan bella, ni tan fiera como me dibujaste esa primera vez. Después lo discutimos mucho, recordándolo. Tú insistías en que sí usé ese látigo contra el marinero. Yo lo negaba. Aseguraba que te lo inventaste, que agregaste ese detalle como una «veladura» más, similar a esas otras que te gustaba usar cuando pintabas: delgadas capas de óleo con las cuales añadías profundidad y misterio a tus temas. Del mismo modo, tu fantasía de artista superponía capas de imaginación a la realidad sin ningún escrúpulo. Lo hacías para darle más espesor a la experiencia, decías. Pero ahora esas veladuras tuyas trastornan mi memoria y me confunden. Tantas décadas después de nuestro primer encuentro mis recuerdos se barajan con tus fantasías de artista. Tus pinturas y relatos exaltados parecen tan reales como la vida que vivimos. ¿O son más reales? Tal vez recuerdo mejor lo que tú sentiste, que aquello que vieron mis ojos...)*

Te quedaste mirando los pedazos de tu boceto que flotaban en el agua sucia junto al muelle. Protestaste:

—Señora, la dibujé tal como la vi. Aunque fue un retrato apresurado...

Pero ella no te escuchaba:

—Y sepa que no hice apartarse ese bote por sus dichosas pinturas. ¿Quién se cree? Quería cuidar mis libros, que venían en el mismo barco.

Su larga mano pálida indicaba la pesada saca que su cochero llevaba sobre un hombro.

Qué vergüenza, Moro. Y tú habías pensado que esta amazona austral casi azotó a un marinero sólo por salvarte a ti, al artista extranjero que llegaba y a sus inapreciables obras. Eras incorregible.

Fue tu turno de enrojecer:

—Entendí mal...

—¡Muy mal! Además, aquí no se le habla a una dama sin haber sido presentado. ¿De qué país salvaje viene usted?

—De muchos, señora —reconociste, apesadumbrado—. Pero nací en Baviera.

La viste esbozar una sonrisa. Sus labios carnosos se rizaron apenas, en las esquinas de su boca ancha. Alcanzaste a confundir con simpatía la ironía que enseguida te azotó:

—Wir sind nicht am Weltende, mein Herr.

No estamos en el fin del mundo, mi señor. Lo había dicho en alemán, para terminar de confundirte. ¡Y de maravillarte!

Volviéndote la espalda, la mujer salió del muelle. Dos oficiales de aduana le hicieron una venia, sin mirar siquiera el paquete que cargaba el gigantesco cochero. Éste le abría camino a su ama con la vara del látigo. Un corredor de hombres se apartaba a su paso, con cuidadoso respeto.